

amores sería su comensal por los siglos de los siglos amén!

Hasta un sordo habríase enterado de aquel sonar de las llaves que desempeñaban sus complicadas funciones en el hueco de las cerraduras. Después, la puerta principal del cielo quedó abierta, es decir, semi-abierta, pues en cuanto á esto, San Pedro era bastante desconfiado, y con razón, dado que ya le habían pasado algunas muy gordas.

— Buenas noches, dijo la visitante algo emocionada.

— Muy buenas las tenga Ud. contestó el anciano portero que, mascullando todavía gordo bocado de su difunta cena, agregó para su colete: — ¡Vaya, que estas viejas impertinentes siempre hacen lo peor á altas horas de la noche, cuando uno menos lo piensa!

— Señora mía, ¿sabe usted qué hora tenemos?

— No sé, pues la urgencia del viaje fue obstáculo para que yo me trajera el reloj que dejé en el bolsillo de mis enaguas de *dominguear*.

— Tenga usted entendido que son ya las del gallo. Bueno, ¿y á qué se debe esa su precipitación en *patatear* y venir á la Santa Mansión en la madrugada, expuesta usted á contraer un morrocotudo resfriado y proporcionarme á mí, por lo menos, grave disgusto?

— Señor, perdone usted, pero la Muerte dió tal orden, no teniendo yo más remedio que obedecer y... chito en boca.

— ¿Qué causas han motivado su *cambio de clima*?

— Pues á decir verdad, señor, que no lo sé de fijo, porque yo estaba sin novedad, sólo que sentía un insignificante dolor de estómago, y como en el otro mundo somos tan tontos, me puse presurosa en manos de un médico, quien me dió una medicina que llamo yo "tiquete libre para el más allá," y... aquí me tiene usted. A propósito, ¿en el cielo tienen cabida los médicos?

— Ninguno, en obediencia á una de nuestras leyes que prohíbe estrictamente la entrada de todo *elemento destructor*, como la dinamita.

— ¡Oh! qué buena medida. — Sí, excelente, mas ya hemos prolongado bastante la conversación y eso no está de acuerdo con lo que dicta mi Jefe Supremo. ¿Cómo se llama usted?

— Agripina Melindres de Pezuña.

Sentóse San Pedro ante su lujoso escritorio (como que era de un Papa,) y en cierto libro,

grueso como la epidermis de algunos pueblos oprimidos, apuntó lo siguiente, no en muy buena letra, que si el apóstol no tuviera la vista gastada, de seguro que lo haría á las mil maravillas:

"A las 3 a. m. del día 13 de febrero llegó á esta Mansión la señora Agripina Melindres de Pezuña; ausentóse del otro mundo á consecuencia de iratos retortijones de tripas. Hicé la vida de esa señora— continuó escribiendo san Pedro según ella le relataba— moelo de virtudes, dejando por bienes sólo un cofre de bonodes y el recuerdo imborrable entre las gentes á quienes favoreció incondicionalmente y en toda oportunidad. Filiación: pequeña estatura, frente ancha, arrugada, lánguidos ojos, con arrepenidos de haber mirado lo que daña el alma; boca, nariz en armonía con las orlas gruesas, que desdican de la estética; tiene doña Agripina un lunar al lado derecho de la nariz, que más parece cáncer de lunar."

Una vez escrito anteriormente, con alguna tardanza, por aque- llo de la vista, la señora de Pezuña preguntó á San Pedro: — Ahora quiero saber de mi hijo.

— ¡Su hijo! ¿Cómo se llama? — Secundinito Pezuña Melindres.

Después de mucho rato de hojear libros de distintos tamaños y múltiples colores, san Pedro contestó:

— Su hijo de usted, malo como el mismísimo Satan...

— Mi hijo no fue malo: mi querido Secundinito nunca en vida pecó: así le basta á su madre.

— Su hijo fué un ladrón: ha robado velas y cigarrillos.

— ¡No es posible, señor, ó usted se engaña, ó le falta un tornillo!

— No, señora, su hijo está inscrito en el libro negro; ese granuja come y duerme en el Infierno.

— ¡Cómo! ¿Qué dice usted? — Mi hijo en el Infierno! Yo quiero estar con él, con el hijo de mis entrañas...

A los gritos de doña Agripina hubo extraordinario movimiento en la Mansión de los buenos: carrera por aquí, abrir de puertas por allá, en fin, aquello fué una *laramorena* de padre y muy señor mío. San Pedro no volvió á saber de su juicio, ni mucho menos de sus herrumbradas llaves hasta que el Sér Supremo le habló á su lado y le dijo:

— ¡Pedro, Pedro! ¿qué te pasa? — ¡Vuelve en tí!

San Pedro, restregándose los ojos, como si hubiera dormido largo tiempo, empezó á mirar receloso y atónito aquello que en rededor encontraba.

Mientras tanto, la afligida señora de Pezuña continuaba gritando á voz en cuello, y sus gritos y lastimeros gemidos iban acompañados de ademanes desconcertados, de una mímica horrorosa que trajo por consecuencia lamentable el mal de San Vito que desde esa vez apoderóse del pobre san Pedro; quien no estaba acostumbrado á ver escenas tan terribles como la que en mala hora representó doña Agripina.

El Señor llegó al encuentro de la nueva Magdalena, la que siguió gritando y gimiendo con mayor fuerza, como quien dice: aquí viene quien me puede conducir lo que deseo.

El Supremo Hacedor, un tanto amoscado, dijo á la de Pezuña:

— Déjate, mujer, de lloriqueos y repara que aquí se viene á gozar de eterna delicia nunca vista en el otro barrio.

— Bien, pero mi hijo ¿dónde está?

— Olvídalo, que su castigo es justo aún más allá de la pared de enfrente; tu hijo se robó...

— Sí, los cigarrillos del señor cura, lo que hizo con el previo *Yo pecador* que rezó ante una imagen vuestra, siendo el objeto robado un obsequio en mi día onomástico.

— También se robó unas velas.

— Es cierto: pero fué para cumplir una promesa ofrecida á no sé qué santo.

— Tú defiendes al malvado, porque es tu hijo, desgraciado que no puede ser sino comensal de Lucifer. Mejor es que no te acuerdes más de él, y prepárate á experimentar los goces divinos que aquí se proporcionan.

— No, no quiero nada sin mi Secundinito.

— ¡Calla, idiota; no sabes lo que dices: ¿ignoras acaso que yo soy el Sér que todo lo puede?

— ¡Ah! sí, Ud. es Dios, pero no es Ud. mi hijo á quien quiero ver inmediatamente y estar con él.

Dios, ya impaciente, no tuvo más remedio que decir:

— Anda, mujer, y que no te arrepientas.

San Pedro, mascullando algo, dijo en alta voz, cuando vió correr á todo escape á do-

ña Agripina con rumbo al Centro:

— Bien dije yo que á estas viejas impertinentes se les ocurre siempre lo peor y...

Como el Señor estaba ya de *berrinche*, por haber ganado un alma el reino de Satán, dirigió tal puntapié á San Pedro, que, de lográrselo en salve sea la parte, abundantes lágrimas hubiera derramado el anciano de las llaves.

Contenta y satisfecha llegó al Infierno la Sra. de Pezuña. Abrazó y besó á su hijo mil y mil veces. Este, asombrado dijo:

— ¿Qué significa esto? ¿De dónde vienes?

— Vengo del Cielo, hijo mío.

— ¿Y qué! ¿te arrojaron de allá?

— No: yo espontáneamente vine, pues el Cielo me parecía sombrío sin tu presencia.

— ¡Cómo!...! ¡Qué torpe fuiste, madre: yo, en tu puesto, ¡quién! me hubiera quedado!

Desde entonces, por súplicas de San Pedro, los hijos que tienen amorosa madre no van al Averno para evitar escándalos en el Cielo y sobre todo... los puntapiés!

RAFAEL ALPÍZAR.

San José, junio de 1899.

CRONICA

SANTORAL

— 1899 —

JUNIO, 30 DÍAS

162—203

Domingo 11.—San Bernabé, Aptl. 1899.

Salé á la lid periodística el primer número de "La Prensa Libre" con una carta de don Juan Ferraz dirigida al Licenciado don FÉLIX A. MONTEBLO, de inolvidable memoria.

El vapor *Barracouta* fundeó en Puntarenas antier á las 9½ a. m. trayendo á los pasajeros: Dolores de Hegleger é hijo, Ramón Revelo y Mercedes Vargas.

Cuadro de Honor del Colegio de Sión en la última quincena de mayo.

Señoritas:

Luisa Rodó,  
María Luisa Lara,  
Emilia Rodó,  
Felicia Montealegre,  
Adela Sebiane,  
Aurelia Lara y  
Delia Morales.

Felicitemos cordialmente á las aprovechadas señoritas.

AVISOS

LA FAMA

Este será el nombre que llevará el magnífico y bien surtido establecimiento de abarrotes que se ha establecido en la esquina N. E. del Mercado, en casa de la señora viuda de Atmella, en el espacioso local que ocupó el establecimiento EL SOL del señor Anglada, en el cual, á más de la puntualidad y aseo en el despacho, los precios serán tan reducidos que apenas se sacará el costo. No faltará nunca en este Almacén, con cinco centavos menos del precio corriente en plaza, manteca, sal, arroz, candelas, canfin, café de varias clases, cacao colombiano y matinita é infinidad de artículos de primera necesidad. Sírvanse pasar á examinar los precios y calidad del artículo.

San José, 12 de junio de 1899.

TALLERES DE ESCULTURA, PINTURA Y DORADOS

LISÍMACO CHAVARRÍA y F. M. AVILA asociados recientemente, ofrecen sus servicios artísticos en la casa N° 377, calle 20 Sur, ó sea á 175 varas al Sur de la Botica Francesa. Los trabajos que se ejecuten en estos talleres se harán con esmero, puntualidad y más baratos que en los demás del país. Ofrecemos magníficas recomendaciones.

AVISO

ACABO de recibir de Guatemala cortes de JERGA de BORLONCILLO finísima, que ofrezco á precios muy baratos. JERGA ordinaria para sacos de niños. Establecimiento de Pedro Hurtado S.—Calle Central Sur.